

PN 4118
26
1851-52
V.1

ERCCIONER

FOR DON JOAQUIN MARIA LOPEZ



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

DISCURSO INAUGURAL

Pronunciado por D. Joaquin Maria Lopez en la apertura de las cátedras del PORVENIR, en 19 de Enero de 1848.

INTERESANTE es, señores, á la vez que fecundo y patriótico, el pensamiento que hoy nos reúne en este sitio: abrir la enseñanza á la juventud. Un escritor contemporáneo ha observado acertadamente, que si bien en otras épocas se veia á algunas naciones alzarse para ser grandes y libres, al paso que las demas las contemplaban desde la inercia y el abandono, y como si les renunciaban por entero el privilegio de la accion, hoy por el contrario, un movimiento de renovacion general anima á todos los pueblos, y parece presidir á la civilizacion del mundo.

Con efecto: nos ha cabido en suerte el siglo de la discusion y del libre exámen; el siglo en que ha perdido su autoridad el dogma de la escuela; el siglo en que no se dobla la rodilla sino ante el altar de la razon; el siglo, por último, en que á pesar y á despecho de tantas contrariedades, el espíritu humano se desenvuelve y marcha en vapor como los convoyes de los viajeros.

010849

El hombre ha nacido para la lucha y para la conquista; pero á la lucha material ha sucedido la lucha del talento, y á las conquistas de la fuerza han reemplazado las conquistas de la inteligencia. Por esta se fijan y perfeccionan los destinos de la humanidad; se consignan sus santos principios; se rompe el centro de la opresion y de la injusticia; se alcanza y perpetúa la libertad. La libertad, señores: esa palabra mágica, esa idea generadora que está dando la vuelta al mundo; que ha renovado ya la faz de varias naciones; que es la tumba de los errores y de los abusos; el agua baptismal que quieren recibir los pueblos civilizados; y que por mas obstáculos que se nos opongan, por mas que se retarde el cumplimiento de esta patriótica profecía, es tambien nuestro elemento y nuestra predestinacion.

Mas al hablar así de la inteligencia, y al proclamarla por reina, no se crea que aludimos á esa inteligencia avara, pedagoga, inaccesible, que desprecia á todas las clases que no tienen la fortuna de comprender sus arcanos; que lleva colgado el orgullo como un collar de oro; que holla á todos los hombres como el polvo que pisan nuestros piés. No: nos referimos á esa otra inteligencia humana y bienhechora, que ve en cada hombre un hermano; que trabaja incesantemente por la felicidad de todos, con el celo de la fé y con el ardor de la filantropía; que se difunde, que se derrama por todas las capas de la sociedad, para penetrarlas todas, y que solo aspira á acelerar el venturoso día en que el trono de la justicia y de la concordia se eleve hasta el cielo, y en que se vea agrupados á su alrededor, y formando una sola familia, á todos los hombres felices y satisfechos.

Prediquemos, pues, la doctrina, seguros de su eficacia y de nuestro triunfo. La cabeza del hombre no es mas ingrata que la tierra, que desenvuelve el gérmen que se le confia. Los pueblos son como el guerrero de Homero, que solo pedia, en medio del combate, la luz para pelear contra los mismos dioses.

Pero si es una verdad que todas las teorías deben recibir su confirmacion de la historia, abramos la de los pueblos antiguos y modernos, y ella nos dirá que las épocas de mas saber, de mas civilidad y gusto, han sido tambien las de mas esplendor y gloria. El siglo de Pericles, de ese hombre extraordinario, de quien decian sus contemporáneos, admirados al oír su irresisti-

ble elocuencia, que Júpiter lanzaba rayos por su boca, y cuyo magnífico elogio se nos ha conservado en aquel sencillo pero significativo verso: "atronó, fulminó, trastornó á Grecia;" ese siglo, digo, fué mil veces mas brillante por los grandes hombres que produjo, que por las señaladas victorias que obtuvieron los atenienses en aquel tiempo.

El siglo de Augusto, de ese otro hombre vario y singular que supo incardinar un imperio sobre las ruinas de una república, evitando el fin trágico que habia tenido el desventurado César, nos es mas conocido por los dulcísimos versos de los Horacios y de los Virgilio, que por la política astuta y por las continuas proscripciones de aquel emperador. El siglo de D. Fernando y Doña Isabel, y de su sucesor Carlos V entre nosotros, se recomienda mas á nuestra memoria por los nombres de los Ercillas, de los Herreras y de los Garcilasos, que por las ventajas que obtuvimos en nuestra patria, y por los importantes descubrimientos que hicimos á la otra parte de los mares. Parece todavía, señores, que la sombra respetable y sagrada de aquellos ingenios, defiende de nuestras acusaciones el sepulcro de aquellos déspotas.

Finalmente, el siglo de Luis XIV, de ese otro monarca absoluto y feliz, es mas notable por la multitud de filósofos, de poetas y de escritores que produjo, por los dulces arrullos de Racine y por la imaginacion atrevida de Corneille, que por el ruido y brillo de las armas francesas, que llevaron la consternacion y el terror á todas partes, sin otro motivo ni objeto que el de satisfacer los caprichos de un monarca infatuado con su grandeza.

Tal vez se me dirá, que en esa época que yo fijo como de feliz desarrollo para las ideas, fué en la que mas se introdujo el despotismo. No es esto absolutamente exacto. No: Luis XIV aparecia á los ojos de la Francia, como un héroe de colosal estatura. Rodeado del prestigio que da la victoria, le fué fácil abusar de él; le fué fácil imponer al parlamento un silencio de muchos años. Pero tambien en aquel tiempo se arrojó una semilla, que no tardó en dar un fruto tan favorable como decisivo. Aquel monarca habia favorecido las artes y las ciencias con una gloriosa imprevision. El reinado de la filosofía llamó en

pos de sí al de la política. Los hombres conocieron sus derechos, y se mostraron resueltos á vindicarlos.

El siglo de Luis XV pasó inútil y hasta vergonzosamente. Luis XVI entró en la triste herencia de sus antecesores, y no podia menos de ser aplastado bajo el peso de las debilidades propias y de las iniquidades pasadas. Quiso oprimir á su pueblo con su cetro, y su cetro se rompió. Torrentes de sangre pasaron por encima de la monarquía. He aquí lo que nos presenta la historia de aquella época. Primero un cadalso ensangrentado, y despues la palma inmarcesible del triunfo de la libertad. ¡Leccion terrible, que se presenta á la vista espantada de los déspotas, y que nos descubre el ancho campo que abre el pensamiento libre á las naciones esclavas!

Pero si segun las teorías, y segun la historia, son tan necesarias á los hombres las ideas, lo son mucho mas á los que forman un partido político; una de esas fracciones que dan vida á los gobiernos representativos, y que se arrojan á la arena de la discusion con la conciencia de su fuerza, y con el grito de Medea de "yo me basto á mí misma," para arrancar el poder de las manos de sus adversarios. Un partido político sin ideas, es un cuerpo muerto; es un cuerpo sin corazon y sin cabeza; es la estátua de Mennon á quien las sombras de la noche hacen exhalar sonidos lúgubres y lastimeros, aguardando con impaciencia la venida de la aurora que le traiga nueva luz y nueva alegría.

Mas entre todos los partidos políticos, hay uno á quien es doblemente necesaria la instruccion. Este es el partido á quien está prometido el mando por medio de las ideas; el partido que combate sinceramente los errores y los abusos; que asesta sus tiros contra la muralla ya aportillada que los defiende. Tal es, señores, el partido del progreso; partido humilde, pero partido elevado; partido sin lujo, pero partido con moralidad; partido sin jactancia, pero partido con virtudes; partido que tiene delante de sí la esperanza, y detras los recuerdos; allí un porvenir de libertad y de gloria, acá ejemplos dignos que imitar de varios varones ilustres, entre los cuales descuella en primer término, como fundador y como maestro, el desgraciado y virtuoso Argüelles.

En el calor del momento, y en el vuelo rápido de la imaginacion, esta se ha inclinado naturalmente al lado de sus simpatías; y un nombre querido é inolvidable se ha venido á mis labios. Interrumpamos por un momento el discurso, para desfilas por delante del sepulcro de ese mártir de la libertad, y tributar un recuerdo y una lágrima á sus cenizas. ¡Aquel hombre antes tan elocuente, ahora tan callado y mudo! Mas en la losa que le guarda, refleja sus rayos la inmortalidad, y en ella puede leerse aquel sencillo pero consolador dístico:

Que en su tumba enlutada y silenciosa

La eternidad reposa.

Tal es, señores, por desgracia, la suerte del genio sobre la tierra, y mas cuando le acompaña la probidad. Una existencia pobre y oscura, tal vez despreciada; una virtud estéril, sin alicientes, sin estímulo, sin encantos, hasta sin recompensa; un nombre mordido y despedazado á cada paso por la envidia. . . . Mas no importa: el genio desaparece, pero no perece. En ese naufragio una ola salvadora le eleva hasta el cielo, que se abre para recibirle.

Pero volvamos á nuestro propósito. No basta, señores, el instinto, aun cuando sea dirigido al bien. La humanidad, como ha dicho un célebre escritor, no tiene la marcha siempre armónica de un astro, ni las fantasías de un niño. Tiene pasiones, pero tambien tiene ideas. Se entrega á sus impulsos, pero tambien reconoce las leyes del pensamiento y de la lógica. ¿Mas de qué servirían estas ideas, de qué servirían estos pensamientos, si estuviesen destinados á cruzar por la cabeza del hombre, como el águila atraviesa los cielos, y si no le estuviese reservado el dominio del mundo? Sí, señores: el dominio del mundo está reservado á las ideas; y fuera grande error suponer que los destinos de la sociedad humana, y de la civilizacion moderna, son fijos, y que no pueden hacer otra cosa, que rodar sobre la misma órbita de acontecimientos semejantes y de instituciones imitadas. No, señores, no: nosotros no estamos en el mundo para pronunciar oraciones fúnebres sobre lo pasado. Debemos elevarnos á mas altas esperanzas; debemos trabajar sin descanso, en el desarrollo intelectual, moral y material del pueblo, y

esperar sin inquietud y pacíficamente, el triunfo de nuestra causa. Cuando el cristianismo hizo de la esperanza una virtud, proclamó el progreso.

Nada importa que se abrigue una reaccion formidable contra las ideas: nada importa que ciertos hombres deseen y procuren que el pueblo sea un eterno ilota. Dedicuémonos nosotros á instruirle, porque es el soberano de derecho, y porque cuando el pueblo sea verdaderamente instruido, será realmente el pueblo rey por el pensamiento. Los que trabajen en quebrantar la estatua del error, en disminuir el poder de las tinieblas, esos son los que aceleran el verdadero reinado de la libertad. ¿Y por qué no poner en la propagacion de las luces, inmensas esperanzas? Nosotros las tenemos, y por esta razon se han fundado y abierto estas cátedras.

Ellas abrazan una gran parte de los ramos del humano saber, en que podrá venir á aprender la juventud ansiosa. Pero hay algunas de aplicacion y de utilidad mas inmediata.

La de derecho público constitucional enseñará el mecanismo de los gobiernos que se llaman representativos; ese mecanismo tan hábil y diestramente combinado, pero en que el equilibrio es tan difícil, y las invasiones son tan frecuentes.

Otra cátedra de la historia del gobierno representativo, hará conocer esa pasmosa combinacion del entendimiento humano, en que se ha querido conciliar la libertad con la obediencia; combinacion que es de esperar se mejore, porque nosotros marchamos á la perfectibilidad, y porque los pasos que damos, no son mas que ensayos, tiendas de campaña que el espíritu humano levanta para guarecerse y albergarse un dia; pero para pasar despues adelante, y levantar el magnífico edificio del porvenir.

Las cátedras de economía social y de economía política, enseñarán á desarrollar los medios de prosperidad pública; y la de administracion fijará los verdaderos principios de una ciencia tan interesante, como desatendida hasta ahora.

Otra hay de bella literatura, que inspirará el gusto á la juventud, y despertará su imaginacion; ese amable intérprete del pensamiento que le da vida y colorido, y que aunque Montaigne, en un momento de mal humor, le ha llamado la loca de la casa, no es en realidad sino una persona muy razonable, que no ha-

bita en el mundo para formar cisma con la inteligencia, sino para erigirle templos y para consagrarle altares.

Otra cátedra hay de elocuencia, que se dividirá en cuatro secciones: una de elocuencia en general; otra de elocuencia forense; otra de elocuencia parlamentaria; y otra, por último, de improvisacion.

Por estos medios, y á favor de estos estudios, germinará fácilmente en la juventud el genio; esa planta cerebral, que crece y se desenvuelve espontáneamente; ese destello de la divinidad, que eleva al que le posee, á una altura inmensa, á los mundos de la creacion, á la fuente vivificadora del entusiasmo, desde la cual el hombre escribe una página inmortal para su historia; que arroja al lodo de la generacion que vive, para que despues se recoja, se levante y adore por las generaciones venideras.

Así se preparará tambien esa misma juventud para la vida de la tribuna: vida que se gasta y consume pronto, que se devora á sí propia; pero vida brillante; pero vida de eterna agitacion y movimiento; pero vida de gloria. El hombre se parece en ella al meteoro, que cruza el espacio en medio de la noche, para describir en la oscuridad, una línea rápida pero refulgente.

La tribuna es, señores, el verdadero santuario de la elocuencia. En ella, desde las primeras palabras del debate, todo conmueve, todo inflama, todo inspira. Dejar, pues, las áridas explicaciones de una cátedra, los secos debates del foro, ó cual quiera de los otros objetos de que puede ocuparse la elocuencia, para pasar á la lid de la discusion parlamentaria, es tanto como abandonar una navegacion lenta y compasada por un estanque donde las aguas no tienen ni fondo ni movimiento, y donde á cada instante se tropieza un estorbo, para tenderse en una nave velera por las azuladas é inmensas llanuras del Oceano.

El orador no tiene mas que un superior en la tierra: el poeta. El arma del orador es el pueblo, que como ha observado muy bien Lamartine, muchas veces se rompe en sus manos, y aun le hiere. Por otra parte, se apoya en intereses y pasiones pasajeras, y su poder se debilita ó acaba, cuando aquellos intereses y aquellas pasiones se debilitan ó se mudan. Pero el poeta maneja lo que no puede perecer. Su inspiracion viene del cielo, y su lenguaje es aquel lenguaje sin palabra, si puede decirse así, en que

el alma habla al alma, y el genio al genio. Su poder no se destruye, porque pertenece á los siglos. El le acompaña durante su vida, como una aureola de gloria, y duerme despues á su lado en la tumba, para formar el magnífico epitafio á su nombre.

A mí se me ha designado esa cátedra de elocuencia, y desconfio mucho de mis medios para poderla desempeñar con éxito. Sin embargo, estoy muy reconocido á la Sociedad, que al acordarse de mí para confiarme este difícil encargo, parece que ha querido sacarme del retraimiento voluntario en que vivia, y entreabrir la losa de mi sepulcro, para que penetre en él un rayo de luz, que pueda todavía reflejar sobre mi frente.

Señores. El mundo nos contempla: y el tiempo, esa mar inmensa sobre la cual navega la humanidad, se presenta á nuestra vista como un Oceano sin límites. Nosotros debemos esperar todo de ese tiempo, y por eso sin duda se ha dado á esta Sociedad el título de *Porvenir*.

¡Y cuánto no significa esta palabra! Ella es una palabra profunda, palabra elevada, palabra inmensa, palabra sublime, palabra hasta bíblica; palabra que lo abraza y comprende todo; que abarca el tiempo en su perpetua duracion, la vida de las generaciones y de los siglos, nuestras esperanzas, y hasta nuestras ilusiones: sí, señores; hasta esas dulces creencias de la primera juventud, que halagan y entretienen la vida, meciéndola en un palacio encantado, y que tantas veces acallan con la mágia seductora de una perspectiva en lontananza, los quejidos dolorosos del corazon.

Pues bien, esas esperanzas se verán realizadas; esas ilusiones se verán cumplidas: porque tenemos con nosotros un colaborador infatigable, un colaborador invencible. Ese colaborador se llama el siglo XIX.

Sí, señores: el porvenir es para nosotros, lo que la tierra de promision para los israelitas; es una isla de luz y de ventura, que empezamos á descubrir en la navegacion que hacemos por el mar de nuestras inquietudes, de nuestros errores y de nuestras miserias; es un punto en el espacio, en que se fabricará un trono inmortal al pensamiento, ante el cual caerán hechos pedazos los ídolos dorados, que con su falso brillo fascinan aun los ojos de la multitud, de quien solo se sirven para los sacrificios

y para el desprecio: es un dia escrito y señalado por el dedo del Eterno en el camino de las generaciones, en el cual no habrá ni se reconocerá mas que un Dios en el cielo, una justicia en la tierra, un amor entre los hombres, y un lazo fraternal entre todos los pueblos.

Pensaba extenderme mucho mas; pero el estado de mi salud y de mi voz no me lo permiten.

Señores: la mitología nos dice, que Deucalion y Pirra despues del diluvio, tiraban piedras hácia atras, y nacian hombres. Marchemos nosotros adelante; arrojemos ideas, y brotarán genios. Genios que rompan con lo pasado, que sean los arquitectos del grande monumento que ha de levantarse á la libertad y á la justicia; genios, por último, que eleven esta pobre patria al grado de cultura, de prosperidad y de grandeza, á que está llamada por tantos títulos.

